



IX.

*La Chica ya no quiere.*

Durante largo tiempo, estuvo creyendo que su madre volvería. Por la mañana, por la noche, en el silencio de su trabajo, muchas veces imaginó oír el roce de su vestido en el pasillo, su paso ligero junto á la puerta. Cuando iba á casa de los Roudic, siempre echaba una mirada hacia el pabellón de la casa de las Lilas, esperando hallarlo abierto, y á su Ida instalada en aquel refugio, cuyas señas él mismo le había mandado: "La casa te espera. . . . Ahí está para tí. . . . Cuando quieras, no tienes más que venir. . . ." Nada, ni una contestación. El abandono era real, definitivo, más implacable que nunca.

Jack sintió verdadero pesar. Cuando nuestras madres nos hacen daño, parécenos ese daño como un error

ó una crueldad de Dios, como un dolor contra la naturaleza. Pero Cecilia era maga. Conocía los bálsamos, los simples, todos esos calmantes que tienen nombres de flores y que perfuman las curaciones. Conocía las palabras encantadas que calman, las miradas firmes que reponen, y su ternura delicada, ingeniosa, desafiaba todas las ferocidades de la suerte.

Un poderoso reconfortante, también, era el trabajo, el trabajo obstinado, coraza pesada y molesta, pero que protege muy bien contra el dolor. Mientras estuvo allí su madre, más de una vez le impidió trabajar, sin darse cuenta, con su naturaleza de pajarero aturdido, su continuo ir y venir, y aquella voluntad descarrilada que la hacía de repente vestirse para salir, y en seguida quitarse su sombrero y su chal para quedarse en casa.

Hasta las precauciones que tomaba para no molestar á Jack, le distraían. Ahora que su madre se había ido, recuperaba prontamente el tiempo perdido.

Cada domingo iba á Etiolles, un poco más enamorado y un poco más ilustrado. El doctor estaba contentísimo con los progresos de su discípulo; antes de un año, continuando así, ya sería bachiller, y podría tomar su primera inscripción en la escuela de medicina. Aquella palabra de bachiller hacía sonreír de placer á Jack, y cuando la pronunciaba delante de los Belisarios, de quienes era de nuevo el "Compañero," después de otra lechuría de Ribarot, la buhardillita de la calle de Pano-yaux resultaba positivamente agrandada é iluminada. Es más: la repartidora de pan, entusiasmada, se enamoró súbitamente de la ciencia. Por la noche, durante la velada, después de acabada su costura, exigía que Be-

lisario le enseñase á leer, haciéndole seguir las letras con su dedo cuadrado, que las iba tapando á medida que las designaba. Pero si al Sr. Rivals le parecían bien los progresos de Jack, no sucedía lo mismo con su salud. Desde el principio del otoño, la antigua tos, que había vuelto, adelgazaba sus mejillas. avivaba su mirada y le daba á su mano la quemazón de un hierro caliente.

—No me gusta esto, decía el buen hombre examinando á su discípulo con inquietud. Trabajas demasiado; tu espíritu está demasiado excitado, demasiado recalentado.... Hay que detenerse algo.... ¡Tiempo tienes! Cecilia no se va.

No por cierto, no se iba. Nunca había estado más cariñosa, más atenta, más solícita; parecía como que adivinaba todas las ternuras perdidas, la parte de felicidad tardía que aquel desheredado había de hallar en ella. Y aquello era justamente lo que agujoneaba al amigo Jack, dándole para el trabajo un ardor que nada podía moderar. Por más que hacía, quitándose horas de sueño, trabajando diecisiete horas, no sentía el cansancio, y en el estado de exaltación que triplicaba sus fuerzas, el volante del taller Eyssendeck no le pesaba más que su pluma.

Los recursos del cuerpo humano son inagotables. Jack, tratando el suyo á fuerza de vigiliias excitantes y de indiferencia absoluta, había llegado, como los fakires de la India, á esa febricidad intensa en que el mismo dolor es una especie de placer. Bendecía hasta el frío de la buhardilla, que le arrancaba desde las cinco de la mañana al pesado sueño de sus veinte años, hasta la tosecilla seca que le tenía despabilado durante largas horas de la noche. A veces, en su mesa de trabajo, sen-

tía, de repente, una ligereza de todo su ser, una lucidez de vidente, una emoción extraordinaria de sus facultades intelectuales, mezclada con una gran debilidad. Era como un desvanecimiento hacia un mundo superior. Entonces su pluma corría rápidamente; todas las dificultades se allanaban. Hubiera ido así hasta el final de su tarea, pero á condición de que nada se interpusiera en el camino en que corría á toda velocidad. En semejante caso, en efecto, el más ligero choque es peligroso, y Jack iba á recibir uno terrible.

“No vengas mañana..... Nos vamos por ocho días.”

#### RIVALS.

Jack recibió aquel telegrama un sábado por la tarde, **mientras le planchaba la señora de Belisario** buena ropa blanca para el día siguiente, y mientras él estaba ya poniéndose tan contento, en aquel final de sábado que anunciaba ya el domingo. Lo imprevisto de aquel viaje, el laconismo del telegrama, todo, hasta la indiferencia de los caracteres impresos reemplazando la letra conocida y amiga, causó singular espanto. Esperaba una carta de Cecilia ó del doctor, que le explicara aquel misterio, pero no recibió nada, y durante ocho días, sacudido por todos los terrores, pasó Jack de los calofríos de la angustia al delirio de la esperanza, con el corazón estrechado ó dilatado, sin más motivo que una nube cubriendo el sol ó enseñándolo de repente.

La verdad es que ni el doctor ni Cecilia se habían marchado, sino que el Sr. Rivals había alejado al enamorado, necesitando tiempo para prepararle á un gran golpe, á una decisión de Cecilia, súbita, inesperada, y sobre la cual esperaba él que volvería la joven.

Sucedió la cosa súbitamente.

Una noche, al volver á su casa, halló el doctor á Cecilia con una fisonomía extraña, algo de sombrío y resuelto en la palidez de sus labios y la agitación insólita de sus hermosas cejas negras. En vano trató de hacerla sonreír durante la comida; y de repente, á una frase que él decía: “El domingo, cuando venga Jack....”

—Deseo que no venga, contestó ella.

El la miró estupefacto.

Y repitió ella, pálida como una muerta, pero con voz muy firme:

—Deseo que no venga.... que ya no vuelva.

—¿Qué es lo que sucede?

—Una cosa muy grave, abuelo; mi matrimonio con Jack no es posible.

—¿No es posible?... ¡Me espantas! ¿Qué ha sucedido?

—Nada; una luz que de repente me ha iluminado. No le quiero, me he equivocado.

—¡Desgraciados de nosotros! ¿Qué demonio es esto? Cecilia, hija mía, recobra tus sentidos. Sin duda habréis tenido alguna riña de enamorados, alguna tontería.

—No, abuelo; te juro que no ha habido ninguna tontería. Siento hacia Jack una amistad de hermana, nada más. He tratado de amarle, y ahora veo que es imposible.

El doctor hizo un movimiento de asombro; el recuerdo de su hija acababa de cruzar por su imaginación.

—¿Quieres á otro?

Cecilia se sonrojó.

—No, no; no amo á nadie. No quiero casarme.

Y á cuanto pudo decirle el Sr. Rivals, á cuanto quiso él invocar, Cecilia no contestó más que una cosa:

—No quiero casarme.

Trató el doctor de seducirla por orgullo. ¿Qué dirían en el pueblo? Aquel joven que iba á casa de ellos desde hacía tantos meses, sabiendo todo el mundo que era su novio.... Y á él mismo le enternecía una piedad que hubiese querido comunicar á ella.

—Piensa en que eso es un golpe espantoso.... Su vida trastornada, su porvenir perdido.

Sufrió Cecilia una contracción en todas sus facciones, prueba de lo muy emocionada que estaba. El Sr. Rivals le cogió la mano:

—Niña, por favor.... no te apresures en tomar semejante decisión.... Espera un poco aún.... Ya verás, reflexionarás.

Pero ella rehusó, con una energía tranquila:

—No, abuelo, es imposible. Quiero que sepa cuanto antes cuál es mi determinación.... De sobra sé que le voy á dar un gran disgusto; pero cuanto más espere-mos, más lo sentirá.

Cada día que páse aumentará su tormento, y luego, que me sería demasiado penoso el verme frente á frente con él. Me siento incapaz de esa mentira, de esa traición.

—Pues entonces, lo que tengo que hacer es decirle que no vuelva.... dijo el doctor levantándose furioso: está bien. Pero ¡voto á tal!, malditas mujeres.

Miróle ella tan desesperadamente, y tan pálida y emocionada, que el anciano se detuvo de repente, en medio de su ira.

—No, no, hija mía; no estoy enfadado.... No es

más que un minuto de rabia.... Después de todo, lo que sucede es más por culpa mía que por debilidad tuya. Eres demasiado joven. Yo no hubiera debido.... ¡Ah! ¡Viejo loco, viejo loco!.... ¡De modo que hasta el final de mi vida estaré haciendo tonterías!

Lo terrible era escribirle á Jack. Emborrónó tres borradores de cartas que principiaban todos así: "Jack, hijo mío, la chica ya no quiere." No hallaba una palabra más. "La chica ya no quiere...." Por fin se dijo: "Prefero hablarle...." Y para ganar tiempo, para prepararle á aquella penosa entrevista, remitió á ocho días después la visita de Jack, con la vaga esperanza de que Cecilia cambiaría quizás de parecer durante la semana. De nada se trató entre ellos, durante aquellos ocho días. Pero el sábado siguiente, cuando le dijo el Sr. Rivals á su nieta:

—¿Es tu decisión irrevocable? Mañana vendrá. ¿Persistes en las mismas ideas?

—¡Irrevocable!, contestó ella firmemente, dejando caer, una después de otra, y con todo su peso, las sílabas de esa palabra antihumana.

Jack llegó el domingo temprano, según su costumbre, y pronto salyó la distancia entre la estación de Evry y Etioles. Grande era su emoción al franquear el umbral, un umbral amigo, sin embargo, y que hubiera debido tranquilizarle con el recuerdo de tantas buenas acogidas.

—El señor le espera en el jardín, le dijo la criada al abrirle la puerta.

Y en seguida sintió el frío en el corazón, adivinando algún desastre.

La cara convulsa del buen doctor acabó de espantarle.

Este, que cuarenta años de honras fúnebres pasadas á la cabecera de los enfermos habían acorazado ya contra el espectáculo de los sufrimientos humanos, estaba tan tembloroso, tan turbado como Jack.

—¿No está Cecilia?

Tal fué la primera palabra del infeliz.

—No, hijo mío, la dejé. . . . allí. . . . En donde estábamos. Y allí quedará algún tiempo.

—¿Mucho?

—Sí, mucho.

—De manera. . . . ¿De manera que ya no me quiere. Sr. Rivals?

El doctor no contestó, y Jack se sentó sobre un banco para no caerse. Era en el fondo del jardín. En torno suyo, un tiempo claro y suave de Noviembre, el blanco rocío cubriendo el suelo, esa gasa flotante que vela un sol de veranillo de San Martín, recordábase el día de Coudray, la vendimia, el cerro dominando el Sena y las primeras palabras de amor de ambos, cayendo aquel día en medio de la gran naturaleza, como el tímido grito de un pájaro que echa á volar por vez primera. ¡Qué aniversario! . . . .

Al cabo de un rato de silencio, púsole el doctor, paternalmente, la mano sobre el hombro:

—Jack, no te desesperes demasiado. . . . Puede aún cambiar de parecer. . . . ¡Es tan joven! Quizás no sea sino un capricho.

—No, señor Rivals: bien sabe usted que no: Cecilia no tiene caprichos. . . . Sería demasiado el darle á uno una puñalada por puro capricho. . . . No. Seguro estoy de que lo ha pensado mucho antes de tomar semejante resolución, y que mucho ha debido costarle.

Bien sabía ella lo que en mi vida significaba su amor, y que al arrancar ese amor, toda mi vida se iría por la herida. De manera que si ella lo ha hecho, es que ha creído deber hacerlo. Era de esperar. ¿Es acaso posible tanta felicidad para mí? ¡Si supiera usted cuántas veces me he dicho: "Eso es demasiado hermoso, y no puede suceder. . . ."! ¿Y qué ha sucedido? Pues que no ha lugar. Ni más ni menos.

Un esfuerzo de voluntad contuvo el sollozo que le ahogaba.

Levantóse penosamente. El Sr. Rivals le cogió las manos.

—¡Perdóname, pobre hijo mío! Yo soy el culpable de todo esto. Pero creía hacer dos felices.

—No, Sr. Rivals; no se acuse usted. Lo que sucedía tenía que suceder. Estaba Cecilia muy por encima de mí para que pudiese amarme. La piedad que yo le inspiraba, pudo engañarla un momento. Ahora ya ve más claro y le espanta la distancia que nos separa. ¡Pero no importa! Escuche usted bien esto, querido amigo, y repítaselo de mi parte. Hay una cosa que me impedirá siempre el guardarle rencor, por muy duro que sea el golpe con que me hiere.

Y Jack designó los campos, el cielo, todo el horizonte con un gesto amplio.

—El año pasado, en día semejante, sentí yo que amaba á Cecilia, y creí que podría amarme; entonces principié el más feliz, el único feliz tiempo de mi vida; un año lleno, incomparable, que, ahora que lo miro, me parece resumir toda una existencia. Aquel día nací, y hoy me muero. Pero esa época bendita, ese olvido de mi ma-

la estrella, á Cecilia y á usted se lo debo. Nunca lo olvidaré.

Y retiró poco á poco sus manos de las manos convulsas del doctor.

—¿Te marchas, Jack?... ¿No almuerzas conmigo.....

—No, gracias, Sr. Rivals. Haría un convidado demasiado triste.

Atravesó el jardín con paso firme, franqueó la puerta y se alejó rápidamente, sin mirar hacia atrás. Si se hubiese vuelto, hubiera visto allá arriba, en el piso principal, bajo la blancura del visillo alzado, á su adorada, tan pálida, tan temblorosa como él, y que lloraba tendiéndole los brazos pero sin pensar en retenerle.

Los días que siguieron á éste, fueron muy tristes en casa de los Rivals. La casita, rejuvenecida y alegre desde hacía algunos meses, tomó su antiguo aspecto triste, más triste aún por toda aquella alegría desaparecida. El doctor, muy inquieto, acechaba á su nieta en sus paseos solitarios por el jardincillo, y en las largas estaciones que hacía en el cuarto de su madre, abierto ahora, y del que parecía apoderarse por el derecho del sufrimiento. En donde antes lloró Magdalena, hoy lloraba Cecilia, y el pobre abuelo hubiera podido equivocarse al sorprender á veces un rostro joven, inclinado allá arriba, detrás de la ventana, en el silencio y la pesadumbre de un dolor oculto.... ¿También esa iba á morir?... ¿Por qué?... ¿Qué le pasaba?... Si ya no quería á Jack, ¿cómo explicar aquella tristeza, aquella necesidad de hallarse sola, la languidez que la forzosa actividad de ama de casa no conseguía ahuyentar? Y si le quería ella aún, ¿por qué haberle despedido?

De sobra comprendía el buen doctor que allí había algún misterio, un combate interno; pero en cuanto decía él una palabra, Cecilia se desviaba, se le escapaba de entre las manos, cual si ella sola fuera juez supremo en las decisiones de su conciencia. Ante aquella actitud inquietante de su nieta, el buen hombre llegó hasta olvidar el dolor de Jack; bastante tenía con rumiarse el suyo, dándole vueltas en su imaginación; y el cabriolé que le llevaba á todas horas por las carreteras, y su viejo caballo, cada vez más indisciplinado, hubieran podido dar cuenta de sus tormentos, con sólo fijarse en la desastrosa forma de guiarle.

Una noche vinieron á llamar para un enfermo. Era la vieja Salé, que esperaba, lamentándose, en el camino. Parece ser que esta vez "su hombre," su pobre hombre, se decidía á reventar." El señor Rivals á quien su avanzada edad y sus disgustos no impedían el estar siempre listo en cuanto llamaban á su casa, salió precipitadamente de Etiolles á Aulnettes.

La Salé habitaba junto á "Parva domus," un verdadero hoyo abierto en la parte baja del camino, un cuarto en donde se penetraba como en una cueva, sucio, oscuro, mal cerrado, verdadero tugurio de labriegos del tiempo de La Bruyère, que había sobrevivido á todas las construcciones de alrededor. Como pavimento la tierra; como muebles, un armario roto, escaños cojos; todo ello alumbrado por un gran fuego de leña robada, chisporroteando y verde aún. Además, todo allí olía á robo, tanto los restos de viejos muebles, amontonados contra la pared, como la escopeta colocada en el ángulo de la chimenea, en las trampas y las redes que los merodeadores tienden por los campos recién segados. Sobre un po-

co de paja, en un rincón obscuro, entre toda aquella miseria deshonorosa, el viejo "reventaba."

"Reventaba" de sesenta años de pillastrería, de acechos nocturnos en los bosques, en la nieve, los pantanos, arrastrándose sobre el vientre, huyendo de los caballos de la gendarmería. Una vida de vieja lebre malhechora, feliz aún al poder morir en su madriguera. Al entrar, ahogábase el Sr. Rivals, por un olor de aromas quemados, que dominaba los malos olores de aquel cuchitril.

—¿Qué demonios han quemado aquí, tía Salé?

La vieja se turbó y quiso mentir; pero no le dió tiempo el médico.

—¿Por lo visto ha venido por aquí el vecino, el envenenador?

No se equivocaba el Sr. Rivals. Hirsch, en aquellos últimos tiempos, había ido á ensayar sobre aquel miserable su siniestra medicación de los perfumes. Faltábanle ocasiones de experimentarla. Los labriegos desconfiaban; además, veíase obligado á tomar grandes precauciones, á causa del médico de Etiolles, que le hacía una guerra encarnizada á su medicina sin diploma.

Ya dos veces le había llamado el Juzgado de Corbeil, amenazándole con penas severas, si continuaba ejerciendo. Pero la vecindad de los Salé, la humildad de su condición.... A pesar del miedo que le tenía á los gendarmes, había cedido aún á la tentación.

—¡Pronto, pronto! ¡Abra usted la puerta, la ventana!.... ¡Este desgraciado se está ahogando!

La vieja se apresuraba á ejecutar las órdenes del doctor, mascullando:

—¡Ah, mi pobre hombre, mi pobre hombre! Y tanto

como decía que nos lo curaría.... ¡Mire usted que engañar á la gente de esa manera!.... Somos unos pobres bestias de labriegos.

Mientras el Sr. Rivals, inclinado sobre el moribundo, acechaba la fuerza que le quedaba á su pulso insensible, una voz cavernosa salió de debajo de los harapos del haz de paja.

—Díselo, mujer; has dicho que se lo dirías.

Continuó la vieja hablando con facundia, removiendo la lumbre del hogar. Pero el moribundo recomenzó con su voz apagada:

—Díselo, mujer.... díselo, mujer.

El Sr. Rivals miró á la Salé, cuya cara curtida había tomado un hermoso color de ladrillo. Acercóse tímida.

—Pues claro, seguramente que también es la culpa de ese médico de al lado si le he causado yo disgusto á esa señorita, que es tan caritativa y tan buena.

—¿Qué señorita? ¿De quién habla usted?, preguntóle vivamente el doctor, soltando el brazo del enfermo.

Ella titubeaba. Pero la voz del hombre, cada vez más débil y cual si viniese de más lejos, murmuró otra vez:

—Díselo.... Quiero que se lo digas.... insistió el viejo Salé.

—Pues sí, se lo voy á decir, repuso la vieja resueltamente. He aquí lo que es, mi buen señor Rivals: ese bandido, ese infame, me ha dado veinte francos—¡qué gente más mala hay, Dios mío!—me ha dado veinte francos para que le contara á la señorita Cecilia toda la historia de su papá y de su mamá!

—¡Bribona!.... gritó el viejo Rivals con una rabia que le hizo hallar la fuerza y la energía de su juventud.

Y había cogido á la horrible labriega, sacudiéndola brutalmente.

—¿Y te has atrevido á hacer eso?

—Fué por los veinte francos, mi buen señor. . . . ese asqueroso individuo no me hubiese dado veinte francos, me hubiera muerto antes de hablar. . . . Por de pronto, y tan de veras como que va á morir un cristiano, yo nada sabía de ese asunto. El ha sido quien me lo ha contado todo para que luego lo dijera yo.

—¡Ah, el miserable! ¡Bien me dijo que se vengaría! . . . Pero ¿quién ha podido darle instrucciones y guiarle en su venganza?

Un quejido profundo, uno de esos vagidos como los que lanza el hombre cuando llega al mundo ó sale de él, llamó al médico junto al lecho de paja.

Ahora que ella, la vieja Salé, lo había contado todo, el tío Salé se dejaba morir y quizás aquel ligero escrúpulo de conciencia entre todos los crímenes de viejo vagabundo, le hizo más fácil el terrible paso. Hasta por la mañana permaneció el médico inclinado sobre aquella agonía, sobre aquel átomo que iba á desaparecer con las primeras claridades del día. Fuéle preciso un gran valor para permanecer allí enfrente de aquel moribundo y de aquella vieja, acurrucada junto á la lumbre, y que no se atrevía á hablarle ni á mirarle. Retenido por su deber, el médico pensaba, y de un pensamiento á otro, trataba de juntar los cabos aún oscuros de aquella infame maquinación.

Cuando expiró el tío Salé, volviése en seguida á Etiolles, pero después de haberse cerciorado de que aqu' infame Hirsch no estaba ya en "Parva domus." ¡Ah! Si lo hubiese tenido á mano en aquel momento, habría

vuelto á hallar todas sus violencias de cirujano de á bordo ante aquel cobarde enemigo, que para vengarse de él se había ensañado en su nieta.

Al volver, se fué derecho al cuarto de Cecilia. Nadie. La cama no estaba deshecha. Se estremeció. Corrió á la farmacia. Nadie tampoco. Unicamente estaba abierto el antiguo cuarto de Magdalena, y allí, entre las reliquias de la querida muerta, en el reclinatorio en que se habían arrodillado todos sus pesares, halló á Cecilia dormida, en una actitud de decaimiento que daba claros indicios de toda una noche de plegarias y de lágrimas.

Al oír los pasos del médico, abrió ella los ojos:

—¡Abuelo!

—¿De modo que los miserables esos te han descubierto el secreto que tanto trabajo nos ha costado el ocultarte? ¡Oh Dios mío! ¡Tantos esfuerzos, tantos cuidados para evitarte ese dolor! ¡Y que ese disgusto te llegue por extraños, por enemigos! ¡Pobrecita! . . .

Cecilia, que había ocultado su cabeza en el hombro de su abuelo, murmuró:

—¡No me hables, no me digas nada! ¡Tengo vergüenza! . . .

—Al contrario, tengo que hablarte. . . . ¡Ah! ¡Si hubiese yo podido sospechar de dónde venía la causa de tu negativa! Porque, claro está que por eso es por lo que no has querido casarte. ¿No es así, hija mía?

—Sí.

—Pero ¿por qué? Vamos á ver: explícame tu pensamiento.

—Yo no quería confesar la deshonra de mi madre, y mi conciencia me obligaba á decirselo todo al que fue-



ra mi marido. . . . No se podía hacer más que una cosa, y la hice.

—¿De modo, Cecilia, que le quieres, le quieres todavía?

—Con toda mi alma. Y creo que también él me quería lo suficiente para no romper conmigo; á mí me correspondía el ahorrarle ese sacrificio. No se casa uno con una muchacha que no tiene nombre y que, si alguno llevase, sería el nombre de un ladrón y de un falsario.

—Te engañas, hija mía; Jack tenía á gran orgullo el casarse contigo; y, sin embargo, conocía bien toda tu historia. Yo mismo se la había contado.

—¿Es posible?

—¡Ah! ¡Niña, niña! Si hubieses tenido más confianza en mí, en tu abuelo, ya te habría yo evitado la triple puñalada con que has asesinado nuestra felicidad.

—¿De manera que Jack, el pobre Jack, sabía quién soy yo? . . . .

—Yo creí deber avisarle, hace un año, cuando me habló de su amor.

—¿Y seguía queriéndome? . . . .

—¡Chiquilla! . . . . Puesto que te amaba . . . . Además, ¡son tan parecidos vuestros sinos! . . . . Tampoco él tiene padre, y su madre nunca fué casada. La única diferencia entre vosotros, es que tu madre era una santa, mientras que la suya . . . .

Y así como le había contado á Jack la historia de Cecilia, contóle el Sr. Rivals á Cecilia la historia de Jack, el largo martirio de aquel pobre ser, tan afectuoso y tan bueno; el abandono de su infancia, el destierro de su juventud; y de repente, como si todo aquel pa-

sado, á medida que lo recordaba, le hiciese comprender mejor el presente, exclamó:

—Ya caigo en la cuenta, ella ha sido. . . . El golpe viene de ella. Sin duda habrá hablado de vuestro matrimonio delante de Hirsch. . . . Y claro que así ha sucedido. . . . Esa loca es la causa de que hayas conocido el drama que con tanto cuidado te ocultaba. . . . ¡Tenía que suceder! Semejante golpe dado á ese pobre muchacho, sólo podía provenir de su madre.

Mientras escuchaba estas explicaciones, sentía Cecilia violenta desesperación al pensar que le había causado ella á Jack, ya tan desgraciado, un dolor espantoso y bien inútil. Hubiera querido pedirle perdón, humillarse ante él.

—¡Jack. . . . ¡pobre amigo! . . . . repetía ella entre sollozos.

Y midiendo con su propio dolor la herida que ella le había causado, repetía:

—¡Ah! ¡Cuánto ha debido sufrir!

—¡Y lo que está sufriendo!

—¿Tienes noticias tuyas, abuelo?

—No. Pero él mismo podría venir á traértelas. . . . contestó el médico sonriendo.

—Quizás no quiera ya volver.

—Pues vamos á buscarle. . . . Hoy es domingo, y no está en el taller. Le encontraremos, y nos le traeremos aquí. . . . ¿Quieres?

—¡Que si quiero! . . . .

Algunas horas después, el Sr. Rivals y su nieta tomaban el tren para París.

Acababan de marcharse, cuando un hombre, cubierto de sudor, encorvado bajo el peso de un gran canasto

de mimbres, deteníase delante de la casa. Miraba la puertecita verde y la placa de cobre, sobre la que delectaba él con trabajo: "Pa-ra lla-mar al mé-di-co."

—¡Aquí es! dijo él por fin; y llamó, limpiándose la frente. La criada acudió; pero viendo que se las había con esos vagabundos que andan errantes por el campo, no hizo más que entreabrir la puerta.

—¿Por quién pregunta usted?

—Por el amo de esta casa....

—No está.

—¿Y su hija?

—Tampoco.

—¿Cuándo volverán?

—No sé

Y cerró brutalmente la puerta.

—¡Señor!.... ¡Señor!.... dijo el vendedor ambulante con voz ronca. ¿Vamos á dejarlo morir así?

Y permanecía allí, de pie, atontado, en medio del camino.



La sala principal de espera, estaba ya llena....